



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLIV

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 12.915

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Península: Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero: Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

Redacción y Administración, Mayor, 24

LUNES 28 DE NOVIEMBRE DE 1904

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

El Patronato de penados

No nos engañábamos al creer que Cartagena respondería á la campaña hecha en favor del Patronato de presos y penados asistiendo á la junta convocada para el día de ayer.

Y, en efecto, acudió, que no se llama nunca inútilmente á los hijos de esta hidalga tierra cuando hay que hacer algo en bien del prójimo, ora sea una obra filantrópica, ya sea caritativa.

A la hora señalada en las invitaciones se encontraban ya en el local en que se celebró la reunión muchas personas, engrosando bastante el número de concurrentes durante la media hora á que obligaba esperar la cortesía.

Estaban allí el director de la prisión, el juez, el alcalde, el ex-senador señor Angosto, el médico señor Avilés, el director de los servicios sanitarios del municipio señor Candido, el abogado del colegio de Murcia D. Luis Díaz Guirao, el profesor de las Escuelas graduadas señor Martínez y muchísimas otras personas pertenecientes á las distintas clases sociales y parcialidades políticas, pues en esto de acudir á donde llaman á ejercer el bien no se distingue en esta tierra de clases ni colores.

La sesión la abrió el juez, pronunciando en seguida breves frases y seguidamente concedió la palabra al director del establecimiento penal, señor Ibarlucea, que leyó un bien escrito y erudito discurso lleno de consideraciones afinadas y datos relativos á las prisiones y á los presos; explicando lo que debe proponerse al Patronato, que es mejorar la condición del preso desarrollando su inteligencia y sentimientos para hacerle aborrecible el crimen, á fin de que cuando cum-

pla su condena vuelva á la libertad regenerado y útil para la sociedad.

En el mismo sentido leyó otro discurso el segundo jefe del penal señor Muro, siendo escuchados los dos escritos con gran complacencia y felicitados sus autores.

El médico señor Avilés leyó otro discurso que hizo gran impresión. Trazando el cuadro del presidio, manifestó que no debía mirarse solo como lugar destinado á los castigos. Hay en él criminales, pero también hay inocentes, seres que delinquieron arrastrados por enfermedades del espíritu que es preciso curar para impedir que se contagien con el continuo trato de los verdaderos criminales.

Y tiene razón el señor Avilés; es preciso impedir que el que ingresa por delito de rifa se asimile las mañas del ladrón á fuerza de oír contar proezas á los tomadores de lo ajeno ó que aprenda las formas de vivir del asesino que priva de la vida á sus víctimas para quedarse con su hacienda.

Para el señor Avilés fué ayer el primer día de una nueva era y poniendo en la voz todo el sentimiento que depositara antes con la pluma en el papel, expuso á sus oyentes el valor inmenso de la obra de redención que podía realizar el Patronato aplicándose á poner á los reclusos en contacto con el progreso, pues de ese modo impediría que el presidio sea escuela de crimen donde se perpetúa con el contacto del ladrón y asesino el que cumple condena por delito que no afecta á la honra.

Abundando en estas ideas altruistas pronunció un elocuentísimo discurso el abogado del colegio de Murcia D. Luis Díaz Guirao y llegó su palabra de tal modo al corazón de sus oyentes, y ahogado tanto en él, que muchos ojos se llenaron de lágrimas.

Un penado dio las gracias en su nombre y en el de sus compañeros.

Y quedó hecho el Patronato. En realidad estaba formado antes de comenzar. Viendo el número de concurrentes, su significación y teniendo en cuenta lo favorablemente que se acogen aquí ciertas iniciativas, no podía dudarse de que el Patronato naciera ayer mismo. Faltaba darle forma y se le dió.

Hé aquí la forma:

PRESIDENTES HONORARIOS

Ilmo. Sr. Director general de Prisiones, D. Rafael Salillas y Ponzaño.—Ilmo. Sr. Obispo de Cartagena.—Sr. Juez de Instrucción.—Señor Juez Municipal.—Sr. Alcalde.

PRESIDENTE EFECTIVO

Don Mariano Sanz.

VICEPRESIDENTES

Don Luis Angosto.—D. Ezequiel Díaz y Sanz de Revenga.—D. Enrique Martínez Muñoz.—D. Leopoldo Caidido.—D. Luiz Díez Guirao.—D. José García Vaso.

VOCALES

Don Lorenzo Sastre.—Don Juan Alvarez del Valle.—Don Obdulio Moncada.—D. Francisco Martínez.—Don Gonzalo Faus.—Don José Rocha.—Don Joaquín E. Romero.—D. Joaquín Bonmati.—D. Francisco Joaquera.—Don José Cefio.—Don Ginés Castillo.—Don José Buenaafuente.—Don Camilo Pérez Lurbe.—D. José Ibañez.—D. Carlos Laplaza.—D. Gabriel Pascal.—Don Ricardo García.—Don Julian Ibarlucea.—Don Francisco Alifa.—Victor Beltri.—Don Juan Soler.—D. Rafael Blanes.—Don Carlos Lanzarote.—Don Enrique Las Heras.—Don Ginés Daró Carrion.

SECRETARIO

Don Angel Avilés.

VICE SECRETARIOS

1.º Don Ricardo Mur.—2.º Don Federico Martínez Rubio.

TESORERO

Don Francisco Jorquera.

TIJERETAZOS

Un colega publica un largo telegrama en el que un teniente del ejército expone su opinión respecto á Puerto Arturo.

Y lo considera inexpugnable por varios motivos.

Como muestra del esfuerzo realizado para ponerlo en situación de defensa, dice que una montaña de piedra durísima, donde no ha podido trazarse un camino ni los japoneses podrán abrir trincheras, ha sido artillada con grandes cañones de sitio en pocas semanas.

La montaña tiene medio kilómetro de altura.

De seguro que la fantasía del teniente midió mucho más.

Eso de Puerto Arturo raya ya en historia.

Los japoneses dicen que los nipones lo tomaron un día de estos.

Los rusos aseguran que no se rendirá de ningún modo.

Ya sabe Dioses lo que le toca hacer. O vuelva polvorizas y barcos y murallas entre rrándose entre sus escombros con el ejército á sus órdenes, ó la admirable defensa que está realizando no será digna de que la cante un ciego.

¡Caballeros, por Dios!

Lo de la Cámara popular va en crescendo.

La sesión comienza con la interpelección pendiente, en la que Seriano hace interrupciones pintorescas que producen escándalo y discursos punzantes que alborotan á los representantes.

Y cuando las pasiones llegan al rojo por lo de Carcabuey ó por otros motivos de igual importancia, se entra en el orden del día, comienza á discurrir la obra de Ferrándiz y queda la Cámara vacía.

Tiene razón la prensa:

El parlamentarismo ha fracasado y hace falta otra cosa que lo sustituya.

Y no es lo malo que lo diga la prensa, sino que lo repita la opinión.

UN ALMUERZO

Un grupo de periodistas y amigos del que fué secretario de este Ayuntamiento, recientemente jubilado, queriendo darle

una muestra de cariño afecto al dejar el citado cargo, se reunieron ayer en la Fonda Francesa, ofreciéndole un almuerzo, reuniendo en él la más sincera cordialidad. A él asistieron el Sr. Palacios, y los señores D. Luis Díaz Guirao, D. Leopoldo Caidido, D. Angel Avilés, D. Enrique Martínez Muñoz, D. Ramón Cefio, D. Francisco, co Martínez, director de «El Porvenir», D. Antonio Martínez y Ruiz de Lizarra, el director de este periódico Sr. Moncada, D. Manuel Dorda y Mesa, D. Joaquín Romero, propietario de «Las Noticias», don Francisco Bautista Monserrat, D. Ricardo Garofa, director de «El Mediterráneo», D. Antonio Ortuño, D. Antonio Gigoza D. Angel Barba y otros señores que no recordamos.

Al descorcharse el champagne, inició los brindis el director de este periódico, y dijo:

«Os confieso ingenuamente que el acto íntimo que aquí realizamos me produce una satisfacción inmensa. ¿Cómo no si tiene por objeto dar una prueba de cariño afecto á quien tanto queramos?»

Desde la infancia nos unió lazo de amistad enternecedor; más tarde fuimos compañeros en la prensa y en las oficinas del municipio y luego, cuando por causas de la política desempeñó la Alcaldía de esta ciudad, recibí de él pruebas de amistad y consideración que jamás olvidaré.

Con su ayuda he sostenido el que habita, sino los anteriores alcaldes, encontraron facilísimo el desempeño de tan espinoso cargo.

El nombre de Juan Palacios va unido á todas las mejoras que se han realizado en Cartagena. Empleado inteligente, siempre llevó sus iniciativas á todo aquello que era beneficioso para este pueblo.

Causas de salud que soy el primero en respetar, pero que lamentó, le separaron de aquella casa, en la que prestó grandes servicios, separación que sienten todos, pues á todos servía con esa amabilidad que tanto le caracteriza.

Por el levanto la copa de espumoso champagne y antes de llevarla á mis labios voy á dirigirle un ruego:

Juan: sigue queriendo como hasta aquí á nuestra querida Cartagena y eso entusiasma más que en todas ocasiones has sentido, incómodo en tu querido hijo, para que cuando los años caigan sobre tí y te alejen de la vida activa, puedas tener la satisfacción de que dejas quien siga tu labor que

ge era noble desde tiempo inmemorial, si bien sus negligentes antecesores habían dejado caer su título en desuso. Yo he visto vuestras cartas en la municipalidad, tío mío.

Ladrage palideció.

—¿Has visto mis cartas?—preguntó;—¿y dónde están?

—Las he quemado, porque si esos papeles hubieran caído en manos enemigas, érais hombres perdidos.

—Mucho te lo agradezco; eres un buen muchacho, —gritó con impetuosidad el anciano.—Yo hubiera podido indudablemente explicar de una manera muy natural el paso que se me obligó á dar entonces; pero hay gentes tan mal intencionadas... En fin, dejemos esto: y puesto que eres de veras mi amigo, Daniel, voy á contarte el asunto que me preocupa en estos momentos; pero—añadió mirando con inquietud á la gorda Patronilla, que iba y venía de un lado á otro gruñendo entre dientes,—¿quieres que pasemos á mi habitación?

—Como gustéis, tío mío,—dijo Daniel;—sin embargo, permíteme antes que os hable del objeto de mi visita y así tendré el ánimo más tranquilo para poder escuchar vuestras confidencias,

nación? En ese caso te abandonaría, tenlo por seguro. Tu amigo Péthion, ahora ya se puede decir, no era en realidad más que un moderado, un partidario encubierto de Capeto y de su familia, acaso un agente secreto del extranjero, y ha sido muy bien hecho...

—¡Tío!—interrumpió Daniel indignado,—¿olvidáis que su influencia me hizo obtener el atestado de civismo á que debéis en este momento vuestro reposo y vuestra seguridad?

—¡Basta, basta, hijo mío!—dijo Ladrage paseando á su alrededor una mirada inquieta;—no es necesario hablar á gritos; donde menos se piensa se oculta un espía ó un delator.

Pero escuchame, hijo mío; tengo mas edad y mas experiencia que tú, y quiero darte un consejo: procura ponerte bien con el gobierno actual, oeste lo que oweste.

Es cierto que no gusta de los aristócratas, y que los trae á mal traer; pero, ¿qué mal hay en esto? Todas las desdichas de la nación vienen de esos aristócratas de que no conseguimos purgar al país.

—Mi querido tío,—respondió Daniel,—olvidáis sin duda que pocos años antes de la revolución escribisteis á la cancillería de Francia para reclamar los privilegios de nobleza, suponiendo que la familia Ladrage

Aquel hombre tan mal pergeñado era, no obstante, ciudadano Miguel Ladrage, propietario del castillo del Breuil, y según rumores, uno de los mas opulentos capitalistas de la antigua provincia del Poitou.

La llegada de una visita parecía haberle alarmado. Al ruido de la campanilla interrumpió un frugal refresco y se puso á escuchar con ansiedad.